

Epílogo

Reflexiones abiertas desde las otras barcelonas

El texto que presentamos a continuación es el resultado de una conversación de cuatro horas, en la que participó parte de la gente que hemos colaborado en la elaboración del libro que tenéis entre manos.

Este epílogo no es un resumen del libro, sino un empezar a hablar a partir del mismo, sin ánimo de tratar todos los temas en él desarrollados. El texto este, por lo tanto, no puede ni quiere ser un discurso cerrado y pulido, sino que es más bien una puesta en común de preguntas e inquietudes que no siempre tienen respuesta aunque, esperamos, que nos sirvan, y sirvan, para continuar en nuestra reflexión respecto a dónde estamos y qué podemos hacer, o no.

No nos hemos propuesto, de ninguna manera, dar soluciones, entre otros motivos porque no las tenemos,... y no las queremos tener.

El *modelo* Barcelona se basa más en aquello que dicen y difunden que en lo que pasa realmente en la metrópoli que vivimos. Esta imagen que construyen, muchas veces acaba siendo interpretada como la propia realidad, y nutre en parte las prácticas y discursos de quienes nos resistimos, lo que comporta—a veces— que se acabe en una confrontación entre ficciones. Por eso, nuestro debate arranca planteándonos en qué consiste de veras esta marca registrada: ¿es humo?, ¿es puro simulacro?, ¿qué tiene de real? Después, consideramos como, a pesar de todo, este modelo, que profundiza las polarizaciones sociales, consigue la aprobación de mucha gente: con mucha propaganda pensamos, pero también con contraprestaciones más materiales.

Por último, iniciamos un debate sobre cuáles, si hay, son las resistencias que durante estos últimos años se han dado en Barcelona y cuáles son sus perspectivas. En este fragmento, y a diferencia de los anteriores, se refleja que entre la gente que hemos conformado la Unión Temporal de Escribas hay puntos y nexos comunes pero dentro de una diversidad de posturas.

Dada la extensión de la conversación, hemos intentado reflejar a grandes trazos los que fueron los puntos principales de discusión, recogiendo algunos de los fragmentos más interesantes y respetando los diferentes puntos de vista que se expresaron. En las dos primeras partes las diferentes intervenciones, aportaban de manera complementaria piezas para un esbozo conjunto de un análisis crítico, que el estilo narrativo elegido intenta sintetizar; mientras que en la tercera parte, hemos preferido una estructura de diálogo, donde se ha intentado plasmar la discusión siguiendo el hilo de las intervenciones.

1. Vender humo: Barcelona, marca registrada

El *modelo* Barcelona se nos presenta como una novedad, que sus gestores hasta pretenden exportar internacionalmente. Sin embargo no se trata ni mucho menos de una idea original.

La creación del modelo en que ahora se está basando toda la reestructuración metropolitana de Barcelona es un invento demasiado reciente, data de los 80-90, y se importó de las ciudades norteamericanas aunque se matizara con otros filtros,

especialmente británicos. De hecho aquí están trabajando sobre aquellas líneas importadas, aunque dándole una visión más «postsocialdemócrata» que la norteamericana.

Todo esto tiene que ver también con una reformulación de la administración pública, puesta en marcha a partir de la concertación público-privada, que lleva a la práctica unas nuevas formas de gestión pública, que dan pie a una intervención directa del capital en el proceso mismo de definición de las políticas territoriales, entendidas éstas mucho más allá de los aspectos estrictamente urbanísticos.

En la práctica, tratan de redimensionar y poner al día el marco metropolitano como base de la acumulación del capital. En este sentido, su objetivo es potenciar la terciarización de la economía. Este proceso de terciarización de las ciudades es general y viene de lejos, lo que pasa es que con la globalización todo ello se ha acelerado. En Barcelona pierde peso la estructura industrial, y a medida que ésta cede espacio, los vacíos van llenándose con actividades de servicios, y eso sí que es reciente, es de los años 90. La globalización ha acelerado este proceso pero las ideas ya estaban, y las prácticas habían empezado hacía ya mucho tiempo —no eran nada originales—; lo que han hecho es seguir y profundizar por esta línea.

En este proceso de terciarización, liderado por el sector de los servicios a las empresas, se opta —y todavía estamos hablando de sus propuestas o cortinas de humo— por un modelo que prioriza la idea de ciudad del conocimiento, en tanto que foco de atracción de las actividades de investigación aplicada (I+D+i), acompañado por otras dos ideas complementarias que son la ciudad de ferias y congresos y el reclamo turístico. Sin olvidarse, eso sí, de la apuesta logística, muy potente, alrededor del puerto y del aeropuerto. Podríamos, entonces, dudar seriamente de esta supuesta originalidad del modelo Barcelona, y más si tenemos en cuenta que en su desarrollo nos encontramos con más fracasos que éxitos.

Estamos hablando de un modelo fracasado pero que se presenta, al mismo tiempo, como un modelo inacabado, que va haciendo. Lo que no sabemos es si es posible acabar este modelo, si hay recursos económicos para acabarlo. El problema de fondo radica en si realmente pueden hacer aquello que quieren hacer, y si tiene sentido...

Los recintos feriales, por ejemplo, no funcionan como desearían. Barcelona que era y es una ciudad con voluntad de especializarse como centro ferial del Mediterráneo pierde empuje, por ejemplo, a favor de Madrid, que cuenta con más capacidad de atracción de sedes de las empresas multinacionales; además, hasta ahora los enfrentamientos entre Generalitat y Ayuntamiento alrededor del espacio ferial han atrasado todavía más la posición de Barcelona en este terreno. El único resultado es que ha proliferado una oferta sobredimensionada de espacios feriales en el área metropolitana de una rentabilidad muy improbable, dada la alta volatilidad del negocio de las ferias y congresos, ligado estrechamente a la coyuntura internacional y a la posición de la región barcelonesa en la cadena productiva transnacional.

El distrito 22@, construido y vendido (en el doble sentido de espacio mercancía e instrumento de propaganda) como paradigma de las nuevas tecnologías, ha resultado también un ruidoso fracaso. El fenómeno del 22@ se lanzó cuando estaba en plena eclosión toda la denominada nueva economía; pero ésta se hundió el año 2001, con la crisis de la bolsa, y el distrito lo quieren reconvertir ahora de una vanguardia de no se sabe qué tecnologías de comunicación en centro de tecnologías de edición del libro. En un propósito más, ahora se quiere promocionar Barcelona como la ciudad del libro, una muestra más de sus originalidades, ya que en Barcelona ha existido de siempre una larga tradición de empresas dedicadas a la edición e impresión de libros. Venden modernidad, cuando son las mismas tendencias de siempre reconvertidas.

Bien cerca de este distrito, otra operación estelar del dinamismo y competitividad de la ciudad también demostró sus límites. Es el caso de la Vila Olímpica, ejemplo de urbanismo

de “calidad y vanguardia”, que como espacio de hábitat ha tenido graves problemas para encontrar compradores; y que, por muchos premios de arquitectura que recibiera, ya ha sido objeto de reparaciones a causa de deficiencias de construcción. Ellos lanzan y ponen en funcionamiento un modelo, planifican todas estas zonas de desarrollo, no como en el 22@ —que sería otra cosa—, sino como en l’Hospitalet: ahí ubicaremos oficinas para que vengan las empresas, por aquí viviendas de alto standing, por aquí las grandes superficies y haremos que la gente viva de determinada manera, y luego se les va al traste toda la planificación. Porque resulta luego que las oficinas se ocupan parcialmente, teniendo que reconvertirlas en viviendas (como ya ha pasado alguna vez) o remodelar el proyecto — como acaba de ocurrir con la Ciudad Judicial-, y teniendo que dejar de construir determinados módulos para más adelante.

En el caso del turismo, que se ha vendido como el cuento de las gallinas de los huevos de oro, no se ha conseguido atraer el tipo de turismo de alta calidad deseado. Y de poco vale, de momento, el aumento considerable del turismo cultural. El turismo ferial está estancado, ha habido una subida fuerte en los últimos años pero ya no sube más. El turismo es, además, un sector muy sensible a cambios de coyuntura; en cuanto sube el paro un punto en Alemania o Francia miles de turistas procedentes de allá dejan de venir. Antes se competía con el precio y ahora esta ventaja comparativa se está perdiendo frente al auge de otros destinos más baratos.

Durante mucho tiempo se ha comparado Barcelona con Milán y Madrid con Roma. Barcelona como motor económico del Estado español y Madrid como capital administrativa, ciudad de funcionarios atrasada. Esto ha cambiado: Madrid tiene la función de motor económico mucho más fuerte que Barcelona; es que se ha posicionado dentro del ámbito de las nuevas tecnologías donde Barcelona está demasiado atrasada. De aquí viene la sensación que están jugando al farol, jugando a venderse ante la economía en red global como una ciudad muy potente, mostrando un escaparate de fachada, que sirve para dinamizar un sector muy parasitario como es el sector inmobiliario, pero realmente no acaban de conectar y posicionarse en la red de ciudades globales punteras. Incluso en el tema del delta del Llobregat —que es la gran inversión de Barcelona con la ampliación del puerto y del aeropuerto— se dan cuenta que el Prat no puede competir con Barajas y todavía menos con el nuevo aeropuerto que están construyendo en Madrid. Y en el caso del puerto, la rivalidad con Valencia, potenciada como el puerto de Madrid, le quita margen de negocios; su pretensión de ser uno de los puertos fuertes de referencia del Mediterráneo está en serias dudas y, como no, queda muy lejos de poder competir con el gigante de Rotterdam.

Están jugando a vender humo porque están aprendiendo a hacer de gestores políticos, por eso su obsesión de intentar convertir Barcelona en marca registrada, con la finalidad de hacerla un polo atractor de una serie de negocios. Fuera de esto, sin embargo, Barcelona no es ni será propiamente una ciudad global de primer nivel en el sentido que lo son metrópolis como Londres, Nueva York o París; ni tan solo se acerca a Frankfurt, Milán..., sino que está situada y permanecerá situada en un nivel inferior en relación a las otras locomotoras urbanas.

Más allá del simulacro: Barcelona como realidad metropolitana

De todas maneras, al menos para algunos de los que “mandan”, el proyecto va en serio, lo que a veces falta es la financiación. Proyectos no faltan y de eso viven, de hacer publicidad de los proyectos. Es la manera de atraer los dineros y el capital. La economía (y todas sus burbujas) mal que bien funciona, pero no está a la altura de la megalomanía de los dirigentes. Tras el Modelo Barcelona hay un despegue económico, no sólo en la

construcción sino en otros sectores y empresas rentables más punteros; son apuestas que hacen, pero lo tienen mal, y son conscientes de que lo tienen mal. Hay condiciones, pero no se está en primera línea en el ranking, en la competición. El problema básico es éste, que no consiguen atraer el capital que necesitarían para desarrollar sus proyectos de acuerdo con sus deseos.

Si probamos de salirnos de los simulacros, quizás haría falta antes que nada cuestionarse qué entendemos por Barcelona. ¿Qué es Barcelona, la ciudad o su región metropolitana? Y, a continuación, sería preciso plantearse como ésta funciona realmente y más allá de las publicidades.

Una vez que dejemos de deslumbrarnos por la ciudad de las postales o de la tele, y saltemos de la ciudad a la metrópoli contemplaremos como ésta llega hasta su corona; y ya estamos hablando de cuatro millones y pico de habitantes. Llamemos a esta realidad megalópolis, que es un concepto de algunos urbanistas, y nos daremos cuenta que Barcelona ya no es solamente una pequeña área metropolitana, sino que ya absorbe toda la región metropolitana de los alrededores y que acabará devorando todo el territorio de Catalunya.

Mirémoslo como lo miremos, utilicemos un concepto u otro, esta entidad territorial superior es una realidad que supera las visiones de una ciudad reducida a su límite municipal, administrativo. Entonces, si empleamos los datos, o nos fijamos tan sólo en lo que hay por las “afueras”, se observa que en esta Barcelona real no todo depende de una terciarización inacabada, pues, a pesar de todo, cuando salimos del centro, de los centros fotográficos, todavía hay industria y barrios que no son *fashion*, donde vive mucha gente; es decir, todavía hay gente que trabaja en aquellas cosas, como la industria, pasadas de moda, y que reside en barrios que no están de moda; a la metrópoli, no todo es del todo inmaterial, ni mucho menos. Y esta visión sería importante retenerla, porque sino nos olvidamos de una buena parte de la ciudad metropolitana, dejamos de lado ciertas dinámicas presentes y la gente que están vinculadas a las mismas.

Otro aspecto a incorporar es que el negocio del ladrillo, lo inmobiliario, es muy importante, aunque en el área de Barcelona no presenta los mismos patrones que en otras zonas geográficas. Una buena parte del boom inmobiliario, a escala estatal, está en la segunda residencia; y el ejemplo perfecto de esto podría ser la Costa del Sol donde sólo hay negocio de tocho y turismo, o la gran apuesta de hacer del Mediterráneo y su litoral segunda residencia de jubilados, de yupis y capitalistas europeos, un barrio residencial de Frankfurt, Helsinki... Aquí esto estaría muy limitado a la Costa Brava, algo más extendido hacia la costa de Tarragona, y en el Pirineo no avanza suficiente. En todo caso, en la región metropolitana, el negocio de la construcción de viviendas, localizado mayoritariamente en las coronas periféricas, da pie a su uso creciente como inversión, como valor refugio y especulativo de quien puede pagar las cantidades que se piden.

Podríamos decir entonces que Barcelona, la metrópoli, o megalópolis, funciona con tres patas: con una industria en crisis, de la que vive una parte de la ciudad, pero no toda; las muchas actividades vinculadas con el turismo; y lo inmobiliario, que es una de las partes pero no es ni la más importante ni la central. Y para ellos, la apuesta ni se basa ni se puede basar en el turismo, ni tampoco basarse en lo inmobiliario, ni mucho menos en una industria amenazada por las deslocalizaciones. Podemos hablar, pues, de crisis de un modelo, de *bluf*.

Esta situación, a pesar de todo, ha permitido hacer negocio al sector inmobiliario y de la construcción. El negocio ya lo hacen cuando están haciendo obra, oficinas que se ocupan o que no se ocupan; bien, después ya haremos no sé qué... Y además, una cosa que parece muy peculiar de Barcelona es esta manía de destruir para construir no se sabe que, pero derribar y construir sin parar.

Sin alejarnos de los negocios de la construcción, antes, cuando comparábamos Barcelona con otras metrópolis, resaltábamos que a diferencia de ellas el territorio metropolitano está poco vertebrado, que el déficit en materia de infraestructuras es notorio; Barcelona, decíamos, no se acerca a la articulación de Frankfurt, por ejemplo. Así pues, otra a signatura pendiente son las infraestructuras; las infraestructuras de transporte en las relaciones ciudad-corona metropolitana son auténticos fracasos. Lo tienen todo por rehacer, con tal de controlar de algún modo las congestiones que colapsan el sistema metropolitano.

A pesar de la publicidad, es una ciudad metropolitana nada cohesionada; por ejemplo, hay demasiados palacios de congresos (en Cornellá, Montigalá...). Ahora bien, hasta qué punto esta desarticulación responde a políticas que pretenden que los espacios compitan entre sí o que tengan funciones diferenciadas. Ahora mismo, de todas formas, falta articulación; por eso están creando cantidad de infraestructuras que pretenden fortalecer las conectividades, ya que saben que la Barcelona metropolitana no está vertebrada de ninguna manera, ni hacia dentro ni hacia afuera. Que quieren conseguirlo? Puede que sí, pero quizás es otro *bluf*, porque de momento no se ve Barcelona tan estructurada como pueden estarlo otras ciudades.

Este es el modelo Barcelona, hacer montajes tipo Fórum, JJ.OO., etc., que creen una gran humareda y que sirvan para crear infraestructuras básicas para que se pueda desarrollar dentro de las líneas que marca la globalización. El problema reside en que cuando se recorten los fondos procedentes de la Unión Europea, quizás ya no podrán desarrollarse de la misma manera.

Ahora mismo, en la actualización del modelo Barcelona por el Fórum 2004 podemos mirar lo que está pasando en el Besós; pero por lo que respecta a inversiones, estrategia logística, estrategia de metrópolis, las intervenciones fuertes se están haciendo al otro lado de la ciudad. No se están haciendo en el río Besós, allá se está haciendo una cosa, pero lo más importante se está invirtiendo en el Llobregat. Y si nosotros miramos lo que nos enseñan y si, además, criticamos lo que nos “dicen” que hemos de criticar, estamos entrando, en cierta medida, en su juego, aunque sea a la perversa potenciamos su mismo modelo; entonces una de las cosas que hemos de hacer para criticar un modelo es ver sus bases reales y mirar lo que a nosotros realmente nos interesa mirar, y no ir a mirar lo que nos dicen que hemos de mirar.

Resumiendo, podríamos decir que la ciudad y su modelo con su marca registrada se vende, más allá de fracasos y éxitos, a tres niveles:

1. Hacia afuera para atraer a distintos segmentos –turísticos o lo que sean- que dejen y aporten dinero, y a cada uno le envía un mensaje a medida.
2. La ciudad hacia adentro se vende de dos maneras:
 - a) Una, de cara a la gente, ese urbanismo agradable, dulce, de plaza pública. Que da satisfacciones y alimenta el patriotismo de ciudad.
 - b) Pero hacia dentro —hacia lo que serían los núcleos de decisión e intervención dura de ellos—, el proyecto que tienen es otro muy distinto, que no es sólo urbanístico: construir como sea un territorio realmente competitivo.

2. Gobernar la destrucción urbana y contener el malestar social

Raras veces hay coincidencias entre lo que dicen y lo que hacen, y hasta con lo que ocurre, y esta es una de las gracias que puede tener un libro como este: desentrañar esto.

En relación a los impactos o efectos sociales del modelo, vemos, entre otras cosas, como se reserva el centro —entendido como las partes privilegiadas de la ciudad metropolitana— para ciertas actividades y para la gente solvente, tanto si son “residentes”

como gente de paso “atraída” por la imagen de Barcelona; y que se barre hacia las periferias el resto.

En las metrópolis aún persiste una zonificación clara, puede que no tan evidente como antes, ni tampoco con las mismas geografías anteriores. No se ha dejado de construir en la ciudad; tal vez se ha dejado de construir según qué tipo de vivienda para según qué tipo de gente. En la ciudad, en sus partes centrales o que gozan de centralidad, se construyen oficinas, equipamientos, hoteles, aparcamientos, apartamentos de lujo. Lo que se construye y cómo se construye no es para que la gente que mueve la máquina —para bastantes que vivimos en la ciudad, es muy caro—; eso explica los desplazamientos masivos a las coronas metropolitanas.

El concepto de proximidad se ha perdido; la gente, sobre todo la pequeña burguesía sacrificaba la proximidad a la zona de trabajo; ahora los neoyuppies, que son los que dirigen la economía, recuperan lo que había sido el concepto típico de la ciudad auténtica, y quieren vivir y trabajar cerca. Es una de las cosas que puede definir el nuevo proletariado ahora: es el que vive lejos del lugar donde trabaja. Los ejecutivos están recuperando la ciudad. La segunda corona está creciendo mucho, la de en medio se está perdiendo y la primera se está vaciando.

Es preciso recordar que son los inmigrantes los que recuperan ciertas partes —degradadas— del centro, al menos hasta que los echen fuera. Porque no saben dónde ponerlos: ¿qué pasará con esta gente? ¿Dónde se va esta gente y todo el resto de población que ya han sacado o expulsarán de esos barrios?

De alguna manera, en esta reedición de la ciudad de los prodigios, también topamos con la gestión de la precariedad, de la miseria, del deterioro de las condiciones materiales de vida mediante mecanismos que están ahí, de asistencia, de organizaciones caritativas. Cuando analizamos los efectos o respuestas sociales a las remodelaciones urbanas, no contemplamos suficientemente esos mecanismos que son relevantes en la medida en que abarcan a una parte de la población más desfavorecida y que suponen un coste para la Administración, un agujero deficitario. Luego nos preguntamos: pero cómo es que la gente no salta, y es porque existen esos mecanismos de contención.

Morir de éxito

Tampoco hay que olvidar que el Modelo Barcelona ofrece alguna cosa en el plano social: da caramelos, zanahorias, ofrece promesas. Miran de asegurar la gobernabilidad, y fuera de la represión para algunos —que son pocos— se encargan de enjabonar a los otros —que son muchos más— En este sentido, se ha de reconocer una cierta habilidad en la gestión del conflicto; juegan con los deseos y necesidades de mucha gente de la metrópoli.

Por otro lado, mirando las luchas de las asociaciones de vecinos y lo que ha pasado después, si han obtenido o no lo que pedían dichas asociaciones puede entenderse que no haya tanta oposición. Lo que quieren las asociaciones ahora es campo de deportes, una escuela, equipamientos..., que estaba bien en el momento que hacia falta, pero ahora... A veces nos sorprende que gente que ha luchado durante un montón de años ahora se conforme con esas cosas.

En la Trinitat, por ejemplo, no es sólo que no haya resistencias, es que están contentísimos con crear un modelo de ciudad en pequeño en la Trini y poderlo vender a otros barrios como ejemplo de lo que ha sido capaz de lograr un barrio que, aunque sigue siendo periferia-periferia, puede lucir de haberse convertido en algo digno. Ese algo digno pasa porque la gente venga a ver un museo del agua que quieren montar, que haya "ecoviviendas". Les han vendido la moto totalmente. La gente aparentemente está contenta. A nivel particular hay resistencias, claro que las hay; pero gente que haya

plantado cara organizadamente a la asociación y haya dicho, no, por aquí no vamos a tragar, de eso parece que no hay nada. Las “mejoras” son algo totalmente asumido, y entonces el planteamiento es por qué esto se ha asumido, por qué funciona así ahora. Tal vez, en esos barrios de tradición de lucha la situación a la que se ha llegado no es vivida como una derrota. En todo caso, sería una muerte por éxito. Alcanzaron lo que querían: asfaltar las calles, la línea de autobuses, los semáforos,...

Gestión preventiva del conflicto

Los gestores de la ciudad nada más hablan que de urbanismo, y claro la gente no tiene nada que decir del proyecto de ciudad. No se hace ninguna relación entre la vida y el espacio que se diseña. Se trataría pues de asociar el proyecto de ciudad a proyecto de vida, que afecta al trabajo, a las relaciones con la gente...

Hay, de todas maneras, toda una serie de insatisfacciones que tienen que ver con el día a día, con el tráfico, con el ruido... pero que no están asociadas con el modelo de ciudad. Además, quizás ha habido otros momentos en que existía un mínimo sentido comunitario, de vivir en común o un vínculo social. Hoy en día el problema es que el vínculo se ha roto...

Se ha perdido aquella sensación de arraigo, de decir "este es mi barrio", ya se asume —y más entre los jóvenes— que marcharás de tu barrio. Puede que tenga más sensación de arraigo la gente inmigrante que vive en los barrios que no tanto la gente de aquí. Es difícil que la gente de aquí pueda tener esta sensación. Vamos en esta dirección, hacia una descomposición de la vida urbana. Se avanzará en descomposición y dentro de ésta se generaran ghettos con su propia cultura de ghetto.

Antes se comentaba de gente que se va o gente que la echan de sus barrios, pero la cuestión es que hay gente que se va, muchas veces, con una solución negociada individualmente más o menos solventada. Y eso explica que se vaya, porque va a mejorar o como mínimo no va a empeorar —o le han dicho o se ha creído que va a mejorar (luego la realidad puede ser otra)—; pero hay gente que se va sin ninguna perspectiva de mejorar, sino que daramente la echan, y eso tampoco provoca mayor resistencia. ¿A dónde la echan, adónde se va y por qué se va sin liarla?... Seguramente hay algunos ejemplos en que no es así, pero seguro que hay muchísimos más ejemplos de que es así, por ejemplo en El Raval.

La individualización del malestar, del conflicto, explica, en parte, porque es tan difícil crear dinámicas de resistencia, pero no deja de sorprender que ante cosas tan claras como el hecho de que una negociación individual siempre se hará en una situación de mucha más debilidad que en una negociación colectiva de gentes iguales, que eso mismo no haya generado realmente un mínimo de dinámica colectiva para defender los derechos individuales, no ya —lo que sería mucho— para defender proyectos colectivos.

Pero es que, en la gestión del conflicto a través del contrato individual, con lo que se juega muchas veces es precisamente con la diferencia, aunque sean diferencias muy pequeñas —tanto en contratos de alquileres como en los de trabajo—. De hecho, siempre hay diferencias —de tiempo, de horario, del precio del alquiler...—, de las que se puede hacer un abismo a pesar de que, en el fondo, las situaciones particulares responden a lo mismo, van en una misma dirección.

Debido a la inexistencia de esta lucha real estamos donde estamos. Las fábricas han marchado fuera de Barcelona ciudad, el proletariado se ha ido desplazando hacia afuera, se ha creado una clase media, este poder gris del que hablan algunos sociólogos, como elemento estabilizador de la clase dominante. Y todos estos elementos cuentan para bloquear el proceso de resistencias. Está claro que todo lo que quieren las AAVV es que

aquello que les han prometido, o una parte, se cumpla. El 90% son quejas de lo que no les han concedido, de lo que no han construido, y esto no son luchas ni son nada.

En la fase anterior, que se correspondería al periodo de la ciudad-fábrica, con todo lo que significa, la regulación del conflicto pasaba a través del convenio colectivo, donde mediaban las partes; a un lado, digamos las asociaciones de vecinos y al otro las administraciones. En lo que sería el modelo de concertación o contrato de la metrópoli-empresa se negocia precisamente como en las empresas. En ellas los convenios colectivos, si los hay, son para pocos y en la práctica sirven de poco; la tendencia es la negociación individual. En la metrópoli-empresa ocurre lo mismo, y esto parece un rasgo esencial de la gobernabilidad.

Consenso y paz social

En los escritos que elaboran tanto expertos locales como también especialistas a nivel internacional se considera el modelo de Barcelona muy sofisticado, por el tipo de planificación que hacen, por el tipo de implicación que se consigue, en especial de lo que se llama aquí la "sociedad civil". En ese sentido, quizás ahí sí que se podría hablar de una especificidad, de una situación específica de Barcelona, y cabría preguntarse por qué.

Se habría de considerar que el consenso tiene también un elemento «productivo», ya que el voluntariado genera un patrón de comportamiento que sirve para tirar adelante un modelo; y que la sociedad civil, debido a la falta de financiación e inversión pública, puede ser un factor muy importante para hacer el modelo posible. La intención es que crezca, pero todo esto es de momento muy simbólico, en cambio, todos los mecanismos de participación que están creando van más allá y tienen que ver con el discurso de la pacificación social. ¿Qué es lo que se ha de pacificar? Realmente, ¿hay tantas resistencias? No sólo se trata de pacificar, sino de crear ilusiones y esperanza.

En la medida que su modelo cruje, en la medida que no tienen suficiente fuerza para ir ellos solos palante, necesitan que la gente los apoye. Los valencianos lo que hacen es la paella más grande del mundo y están super-satisfechos de esto, y toda Valencia fue a probar la paella. Este grado de grosería y de alienación ya es suficiente para los dirigentes tipo constructores. Pero aquí no, aquí la gente no participaría en la "costellada" más grande del mundo; hay también tradiciones y hasta a la clase media, que es la que vive ahora en Barcelona, se le ha de vender el producto de otro modo.

De alguna manera esto tiene que ver con el talante de la gente y con la cultura política y también con las tradiciones de luchas. Hoy día, la gente que vive en Barcelona comulga y está satisfecha con una pseudoparticipación. A la clase que apoya al poder se le ha de vender el producto y ha de participar o pseudoparticipar de alguna manera: en Barcelona no se funciona como en otros lugares.

No obstante, habría que recordar que una de las debilidades de esos mecanismos de consenso es que en parte son muy aparentes y frágiles; en cuanto se rasca un poco se aprecia la existencia de un considerable vacío, o distancia, entre el poder y la gente.

3. Disidencias y resistencias

—Tras haber abordado el Modelo Barcelona, incidiendo en las bases materiales del proyecto, haber diagnosticado que su marca registrada es un *bluf* manifiesto, pero que comporta, sin embargo, efectos nefastos sobre las condiciones y modos de vida de bastante gente, y tras haber considerado como rasgo distintivo de ese modelo ese énfasis que ponen en la participación social, en la movilización ciudadana, en la denominada sociedad civil activa —como parte fundamental de una modalidad de gobernabilidad que se basa en la acentuación de los mecanismos de consenso mediante, precisamente, la

constante movilización de la ciudadanía—, ahora nos queda cuestionar esa ciudadanía, nueva o no, a la que tanto se alude desde tantos frentes y con tantas matizaciones. Y para ello lo mejor sería que discutiéramos, entrando de lleno en el último tramo, sobre las luchas sociales, pues nos queda esa pregunta pendiente: hasta dónde las resistencias que hay aquí son la cara amable del capital o son antagónicas al capital.

—Por ejemplo, respecto al Fórum de las Culturas, que es un show en sí, por qué vamos a hacer resistencias a un show. Con no ir ya sería suficiente. Claro, todo eso sale del mismo dinero, pero a mí no me molesta directamente. Con evitarlo, ya tengo suficiente.

—La cuestión es un poco cuando la gente te pregunta: ¿pero concretamente de Barcelona qué es lo que te molesta? Al final lo que te molesta es el cómo vivimos nosotros, no nos gusta nuestra propia vida, tiene más que ver con nuestra incapacidad de expresar nuestro propio proyecto, nuestro propio deseo,... nuestro sentirnos al margen de lo que está pasando. Eso que nos pasa a nosotros, otros lo han delegado ya en otros.

—Pero también se puede plantear si hay intersticios donde se puede intervenir, en cierto tipo de asociaciones ya constituidas, asociaciones de vecinos, plataformas barriales, etc., y si hay posibilidades de entrar con otros discursos y otras prácticas. Lo que pasa es que tampoco se prueba. Ciertamente hay posibilidades, pero entonces chocamos con la realidad de muchas de esas plataformas, con el quién está detrás de algunas de esas plataformas. Lo que se puede ver es que muchas veces la gente que se mueve no siempre es la gente que ha vivido allí desde siempre, sino alguna gente que vive allí hace poco y que viene con un estatus social más elevado que el de los que ya estaban, y que, por lo tanto, aunque haya posibilidades de complicidad entre unos y otros, al mismo tiempo están limitadas por los propios límites que se han puesto como objetivo respecto a cómo se quiere que sea el barrio. Con lo cual no quiero decir que no valga la pena intervenir, puesto que la realidad varía de barrio en barrio, y hay sitios donde hay posibilidades de ir más allá que conseguir una plaza.

Un balance de las luchas después del sindicalismo urbano

—Quizás estamos donde estamos porque ha habido todo un pasado en las luchas de los vecinos de derrotas urbanas. Me refiero a las de aquel movimiento vecinal que nació con el franquismo, en aquel otro período de explosión urbanística que fue el desarrollismo, y que aprovechando unas leyes de asociación que había de principios de los 70 empezaron a organizarse. Esas AAVV en poco tiempo crecieron bastante y se volcaron en las típicas luchas reivindicativas: se construían barrios de aluvión, sin escuelas, sin ambulatorios, sin transportes, sin nada y reivindicaban eso: una carretera de acceso, todo eran cosas así. Sin embargo, cuando vino la democracia lo que hicieron los comunistas y los socialistas fue tratar de disolver todas esas asociaciones. Ya había democracia y ya había las concejalías de urbanismo, y disfrutaban de una cuota de poder. Esa fue la gran derrota: el movimiento vecinal se detuvo en seco a finales de los 70.

—Aquel movimiento vecinal fue muy limitado. En las asambleas si te pasabas un poco, a no ser en algún momento clave en luchas muy fuertes, se te comían a bocados. Al final de los 70, la asamblea de Rentería llegó, tras la dimisión de los ayuntamientos franquistas, a hacerse cargo de la gestión del ayuntamiento durante unos cuantos meses. Se dieron esos casos, en los que había como un doble poder, pero sólo en casos precisos. Lo cierto es que ese movimiento se detiene en seco porque los que lo controlan deciden eliminarlo. Y desde entonces, las asociaciones de vecinos quedaron como una cosa secundaria y demasiado subvencionada. A partir de los 80 lo que organizaban eran majoretas, partidos de fútbol, se dedicaban a actividades de este tipo, muy secundarias. Después aquí, en Catalunya, no han

llegado a desaparecer y han hecho una pequeña oposición, al menos no están a favor del Fórum. Y dado que no hay oposición, hay que valorarla.

—Si pensamos en lucha urbana como sinónimo de AAVV, tendríamos que añadir que aquella lucha vecinal era, dijéramos, una lucha por el salario indirecto y que como tal era una lucha modulada por las pautas de un sindicalismo urbano, de la misma manera que habría un sindicalismo de cogestión dentro de la fábrica. Una vez que el pacto, después de los ayuntamientos democráticos, sale más o menos bien, entonces hablaríamos de derrota para aquellos que podían pensar que se podía llegar más lejos, o sería una muerte por éxito para aquellos que decían que su límite era aquel. El momento en el que estamos ahora tiene que ver, más bien, con el 92, ya que alrededor del proyecto olímpico se fuerza un pacto que comporta el desmontaje de cualquier crítica o mínima movilización que salga de las AAVV frente el modelo de ciudad en marcha. La venta en aquel momento, no de la gente de las AAVV sino de los que manejan desde hace tiempo sus estructuras, representa un adiós a las reivindicaciones, a una cierta lucha que curiosamente después quieren recuperar porque se dan cuenta que los han dejado fuera de juego, y “donde dije digo, digo diego”.

—La crisis de las asociaciones de vecinos tiene que ver desde luego con esas trayectorias; pero también está vinculada a que llega un momento en que se convierten en una especie de geriátrico. No ha habido conexión de los padres con la gente que está subiendo: son dos mundos, dos memorias, dos maneras de estar.

—Insistiendo en este aspecto, en uno de los capítulos del libro, cuando se esbozan unos apuntes sobre las luchas o la conflictividad urbana de los 90, se toca el conflicto del Besós, se menciona también la guerra del agua que afectó a las periferias de la metrópoli, y se toca igualmente el tema de la okupación. Esos hitos creo que son significativos, pero al mismo tiempo plantean una pregunta: ¿por qué la guerra del agua —con o sin comillas—, que fue una lucha o resistencia larga y masiva, no consiguió el apoyo de las disidencias?

—Porque había una compartición de condiciones de vida cotidiana, cuyo impacto para determinada gente era mucho mayor que para un grupo de intelectuales que se dedican a formalizar la disidencia. Ese mismo que participa en el cenáculo intelectual, luego puede hacerlo, si quiere, en su barrio o en su casa. Sin embargo, no fue el caso, puesto que parecía que no concernía a las disidencias el problema del agua, no se consideraba tan apremiante como para hacer de él un elemento de intervención política.

—Lo que pasa es que el ritmo de las resistencias que hay es muy lento y muy cansado, y hay muy poca gente de la disidencia que esté (o estemos) dispuesta a entrar en esos ritmos para cosas muy inmediatas y que no se sabe si van a poder llevar más allá.

—Las aproximaciones, más o menos mutuas, también se prueban o se encuentran. Hoy, por ejemplo, en Sants se ha montado una jornada contra la especulación. Si te lees la convocatoria, no sólo se habla de okupación, se habla de viviendas caras y de alquileres caros; se habla de la situación del que está okupando, del que está hipotecado y del que está con alquiler. Se trata, al menos en esta convocatoria, de ver cómo ensamblar prácticas a partir de situaciones que nos acercan y que no nos hacen distintos.

¿Hay resistencias? Unas preguntas en el presente

—Quizás, llegados a este punto, la pregunta sería, si más allá de lo que pensamos o queremos, sí es practicable ciertamente un antagonismo en esta ciudad, y dónde se aprecia esa presencia del antagonismo.

—¿Pero hacia dónde?

—Hacia un intento de parar la marcha de la maquinaria.

—Se puede encontrar algún foco importante, por alguna cosa muy fuerte que haya pasado en algún barrio, pero nada más.

—Sería una forma de volver a montar un puzzle imposible, en las comunidades de vecinos, en los espacios de trabajo, cuando todo está absolutamente fragmentado.

—Pero si la gente ya ve bien lo que hay!

—El índice de satisfacción, hasta de la gente que lo está pasando mal en Barcelona, es muy elevado. Este es el problema de fondo. Intento no pensar en nuestro entorno ni tan siquiera en el entorno próximo, pienso en lo que no se mueve políticamente, que es el 99% de Barcelona.

—Si porque hay una conciencia de que por muy mal que estés todavía puedes perder más. La prueba es que no se va más allá, la apuesta es mínima: como mucho salir el domingo a decir no al gobierno...

—Mientras las condiciones materiales de vida que disfrutamos en una cuarta parte del mundo sean las que son (por más desquiciantes que sean a la vez), habrá un grado de satisfacción suficiente, y a los hechos me remito; y no habrá respuesta contra ello más allá de una respuesta intelectual, disidente, crítica del consumo, intentos de apartarse... pero que afectan a una mínima parte de la población. De momento, es mejor morir aquí de aburrimiento que de hambre en Africa.

—Resistencias hay, lo que no hay son actores visibles de resistencias. Estamos acostumbrados a asociar resistencias con plataformas, con colectivos con la bandera de la resistencia y actualmente quizás sea preciso analizar las resistencias por otro lado. Para mí, el fracaso en el proyecto de remodelación del centro de Barcelona por la llegada de la gente inmigrante, por su ocupación de los espacios, es una resistencia.

—Yo creo que es un obstáculo, no una resistencia.

—Quizás no es una resistencia consciente de sí misma.

—Lo que pasa es que es una forma de vida que está en oposición con el Modelo Barcelona de vivir: salir y estar en la calle y hablar con el vecino ya no cuenta.

—La única forma de resistencia que hay ahora en las ciudades europeas es en los barrios árabes que de vez en cuando se amotinan y queman todo lo que pillan, sobre todo coches. Aquí lo tenemos negro, no hay árabes como para hacer un guetto segregado que pueda acojonar la gente que vive a la ciudad, como pasa en Francia o en América. El momento de transición que tiene Barcelona hace que todavía no se den grandes bolsas de pobreza segregadas, alguna hay, la Mina, pero no hay un barrio sin ley como en Los Angeles. Tal y como se desarrolla esta ciudad, en la medida que va suprimiendo los espacios sociales y encerrando la gente en su casa enganchada a internet y a sus realidades virtuales, la única resistencia ha de salir de los amotinamientos, de la gente que se ha quedado fuera de todo esto. Cuando hayan muchos saqueos, se tome al asalto el Corte Inglés, ya diremos, mira, sí que hay resistencias organizadas en Barcelona; mientras no se dé una cosa así yo no hablaría de resistencias.

—A mi las resistencias de desesperación no me gustan. Creo que la desesperación puede generar efectos y dinámicas negativas, hasta sistémicas: estancamiento...

—La ecuación: desesperación + miseria = revuelta es falsa, no se aguanta por ningún lado. Puedo poner el ejemplo de lo que está pasando en la calle San Rafael, en el Raval. Hay una finca revendida mil veces, una historia de unos abuelos y la denuncia del *mobbing*. Pues bien, hay un tipo que es lo que se mueve; él es del barrio, con inquietudes, y a causa del conflicto se ha hecho experto en leyes; y es él quien lleva la lucha. Pero él tiene su trabajo, y la otra gente que está ahí no hacen absolutamente nada, a pesar de que está mucho más puteada que él.

Por otro lado, estoy de acuerdo en que la diferencia es que antes había comunidad y ahora no. Y lo que pienso es que la única manera de romper esta "existencia" individualizada es en la articulación de los conflictos; y el Forat de la Vergonya es un ejemplo de ello, donde

gente que antes estaba aislada, ha sabido a raíz del conflicto del Forat crear una comunidad, con todas sus deficiencias y todas sus historias. Y justamente el miedo que tienen cuando se emplean a fondo en las intervenciones urbanísticas es que se abra un conflicto, y que éste se prolongue y haga saltar por los aires toda esa individualización, y de paso el frágil consenso.

—Luego hay otro aspecto decisivo, y es que la unidad que se trababa a partir de lo laboral, por el papel de agregación que representa el hecho de trabajar en un sitio, ahora está muy desarticulada, y es muy distinta, o más débil, la consolidación de la unidad que se consigue a través del hábitat, de los barrios. El hecho de compartir la esclavitud asalariada consolida más... Si nos remitimos a la historia de los conflictos, la ciudad en sí misma no ha generado conflictos...

—Sí, pero fíjate en ciudades como Santa Coloma.

—Era la misma gente que trabajaba la que luego se encontraba en la puerta del bar, y encima eran del mismo pueblo. Y ahora...

—¿Lo central vuelve a ser entonces el tema del vínculo social?

—Sí, es el vínculo social y es el vínculo social a través de una realidad práctica.

¿Disidencias versus resistencias?

—De todas maneras, no está todo controlado. Por eso mismo, y si se evita ser demasiado autocomplacientes, en las movilizaciones contra la guerra, por ejemplo, había muchas disidencias, mucha moralina (o no), pero de resistencias pocas hubieron. Y las pocas que se dieron para mí no se corresponderían únicamente a los gestos de algunos grupos que, de manera aislada, quisieron ir más allá. Pues si ciertos grupos tiran p' delante, pero el resto de la gente no va, o funciona en otra onda, parece que se evidencia una manifiesta desconexión. Y entonces lo que yo diría es que el problema que hay en Barna, que creo que es general, es que pueden haber algunas disidencias, pueden haber algunas resistencias, pero el problema es que si estas son reales, acostumbran a tener poco que ver, en planteamientos y desarrollos, con las disidencias.

—La disidencia responde a una insatisfacción meditada que, además, obliga (para que no se quede sólo en disidencia) a poner el cuerpo, que se dice ahora. Mientras que las resistencias surgen ante déficits materiales, ante una situación inaguantable de verdad. Para saltar no basta con sólo pensar que todo está fatal, o al menos eso no creo que le pase a mucha gente.

—No creo que sean lo mismo las resistencias que las disidencias. La disidencia se queda más que nada en el terreno del pensamiento, en el terreno de la opinión. Y en este sentido pueden haber (y va de autocrítica) gentes, no muchas, disidentes, y no siempre conectadas. A menudo nos referimos a unas resistencias, en parte como resultado de una simple redefinición de términos (a lo que antes le llamábamos luchas vecinales, ahora le llamamos resistencias), que prescindiendo de casos aislados, son extrañísimas.

—No hay resistencia visible que aglutine. Es la presunta conformidad de la gente hasta que sale alguna cosa como las movilizaciones contra la guerra.

—Los términos disidencia/resistencia no sé si deben tomar como antagónicos o como complementarios, aunque yo preferiría que fuesen complementarios. Entonces, el problema que se nos plantea hoy en día es mirar de hacer posible la simbiosis entre disidencias y resistencias, si las hubiera. La cuestión estriba en cómo enlazar esas realidades, porque de hecho son raros los vínculos a través de cotidianidades realmente compartidas. De no ser así, siempre se tratará de un aterrizaje forzado del que viene y que, además, lo tiene claro.

—¿Qué lugar le queda, pues, a la disidencia? Le queda el lugar de que somos gente insatisfecha, abiertamente contraria al sistema, que podemos compartir con nuestros núcleos próximos inquietudes y neuras, pero que somos incapaces de articular algo más allá de nuestros circuitos. Ese es el dilema.

—A veces hay discursos hiperbién articulados, hiperbonitos, pero que detrás tienen unas prácticas reales que no van a la par; y al revés, hay prácticas que en principio suenan a no sé qué, con un discurso que queda pobre, pero que van mucho más allá.

—En nuestros entornos se da la tendencia a sobredimensionar los discursos y a devaluar la práctica, porque quizás tenemos muy poca. Los discursos son un factor de compensación de la falta de práctica. De todas maneras, una cosa es la ideologización y otra la reflexión teórica, la teorización, cosa que se confunde también.

—Es que hay una confusión, cada vez más generalizada, sobre lo que es un movimiento social. Es confundir lo que es la movilización de una gente con la intervención de un grupo. La intervención de un grupo, por muy interesante que sea y por mucho impacto social que tenga en el momento no es un movimiento social.

—Se ha llegado a un punto en que la disidencia política, la crítica del sistema dominante ha dejado de tener una dimensión política, para convertirse en una patología de inadaptación. Hemos quedado tan arrinconados en una sociedad que es un gran supermercado, que se vive como una patología. Es una patología muy extendida, pero ser consciente de la misma ya es estar comenzando a curarte.

—Para mí, una resistencia es o expresa una voluntad de ir hacia algún lugar.

—La cuestión, por lo tanto, es si es necesario un proyecto o no para que se movilice la gente. ¿Es necesario pensar en una ciudad distinta para que la gente luche, pensando en que otra ciudad es posible —aun cuando no me guste la expresión—; ¿eso es necesario o no para generar resistencias reales que vayan más allá del “quiero que me arreglen la calle”?

—Yo creo que al revés. Justamente este otro mundo posible, presente en las movilizaciones contra la guerra, impide que salga otra cosa...

—...y que eso pueda ir más allá.

Corolario: un modelo para desarmar

—Yo vuelvo entonces a lo del subtítulo, “un modelo para desarmar”; ¿en qué consiste ese desarmar? De momento, y aparentemente, los que nos estamos desarmando somos nosotros. Y así ha de ser, al menos, porque el modelo Barcelona no es algo ajeno a nosotros mismos, a nuestras vidas, disidencias, resistencias y contradicciones; por eso entendemos que este modo de desarmarnos es también una manera de desarmar el Modelo Barcelona.

—La autocrítica es una herramienta más de la que disponemos y por eso la exponemos, junto a los argumentos y razones que hemos planteado (si lo hemos conseguido) de por qué se tiene que desarmar el modelo.

—Desarmar quiere decir descomponer, analizar por partes, desentramar. No está planteado en el sentido de derrotar, o ganar, aunque claro que esto sería lo deseable.

—Ese es el nunca se sabe que se apunta, pero para el cual no hay recetas.

—Yo creo que es importante que se hagan preguntas que puedan ayudar...